

Reflexiones sobre educación ambiental II

reflexiones  
sobre

# educación ambiental

## Reflexiones sobre educación ambiental II

Artículos publicados en la Carpeta  
Informativa del CENEAM 2000-2006

MINISTERIO  
B  
PARQUES NACIONALES

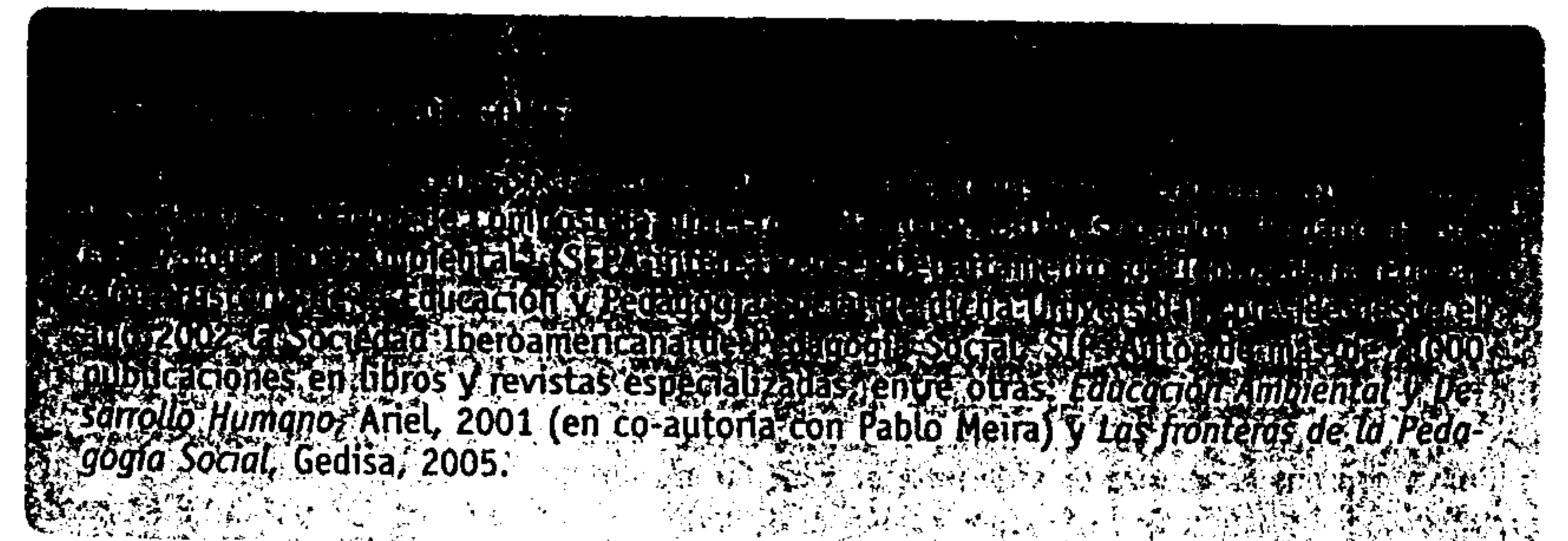


# EDUCACIÓN AMBIENTAL, DESARROLLO Y POBREZA: ESTRATEGIAS PARA "OTRA" GLOBALIZACIÓN\*

José Antonio Caride Gómez

Marzo 2004

Caride Gómez, J. A. (2004) "Educación ambiental, desarrollo y pobreza: Estrategias para "otra" globalización". In *Reflexiones sobre educación ambiental*, p. 165-178. Madrid: Centro Nacional de Educación Ambiental (CENEAM).



\* Esta ponencia fue presentada en la *Reunión Internacional de Expertos en Educación Ambiental: Nuevas propuestas para la acción*. Santiago de Compostela, 2000

## 1. INTRODUCCIÓN: RIQUEZA Y POBREZA EN LOS CONTORNOS DEL DERECHO A LA EXISTENCIA

Poblamos un mundo con grandes e injustas disparidades. Mientras un tercio de sus habitantes vivimos en la cultura de la satisfacción, en expresión que tomamos de Galbraith (1997), los dos tercios restantes sufren la miseria, el abandono y el hambre: "de un total de 6.000 millones de habitantes, 2.800 millones —casi la mitad— viven con menos de \$ 2 diarios, 1.200 millones —una quinta parte— con menos de \$ 1 al día; el 44% de este grupo se encuentra en Asia Meridional. En los países ricos, los niños que no llegan a cumplir cinco años son menos de uno de cada 100, mientras que en los países más pobres una quinta parte de los niños no alcanza esa edad. Asimismo, mientras que en los países ricos menos del 5% de todos los niños menores de cinco años sufre de malnutrición, en las naciones pobres la proporción es de hasta el 50%". Palabras y cifras con las que el Banco Mundial (2000) retrata en su Informe sobre el Desarrollo Mundial quienes somos como sociedad planetaria a finales del siglo XX.

Nos referimos a una sociedad que alimenta la riqueza y el selecto bienestar de unos pocos mientras se acrecienta la depauperación de muchos, justo cuando las condiciones para la vida humana, de todos o de una gran mayoría, parecieran objetivamente mejores que en cualquier etapa histórica precedente. Y sin embargo, son cerca de mil millones de personas las que padecen la amenaza crónica de la hambruna, muchas más las que tienen limitado su acceso a atención sanitaria, a la educación, a la seguridad, al empleo o a una vivienda digna; son miles de millones quienes inscriben su vida cotidiana en la marginación o el abandono, privados de los derechos sociales más elementales. El mismo "derecho a la existencia", haciendo uso de una expresión a la que recurre Raventós (1999), está hoy más comprometido que nunca, destruyendo vidas, complicando la convivencia, degradando el medio ambiente o expulsando a amplios sectores sociales de cualquier oportunidad para afirmarse como personas. Circunstancias que, en su conjunto, no pueden ser interpretadas al margen de la injusta circulación y distribución de los avances económicos, científicos y tecnológicos..., máxime cuando el mismo Banco Mundial (2000) confirma que "la distribución de esas mejoras ha sido extraordinariamente desigual. El ingreso promedio en los 20 países más ricos es 37 veces mayor que el de las 20 naciones más pobres; esta brecha se ha duplicado en los últimos 40 años". La situación dramática y paradójica a un tiempo, es concluyente: la pobreza se incrementa cuanto más se desborda la opulencia, cuanta más riqueza mayores desigualdades. La globalización no hace más que reforzar esta tendencia.

La disparidad seguirá aumentando, entre otras razones, porque el crecimiento demográfico es particularmente notable en los países más empobrecidos, de tal forma que el abismo entre los ricos y los pobres se ensancha haciéndose cada vez más profundo, hasta el punto de que "el mundo empieza a ser bueno sólo para los ricos y ellos quieren dominar el mundo, apropiarse de él para sí" (Kapuscinski, 1998). Pero la avaricia de los poderosos, con frecuencia disimulada tras expresiones que aluden al crecimiento, al desarrollo o al bienestar..., no sitúa fuera de la contradicción a los propios países ricos, cuando son muchas las evidencias que muestran que la renta per cápita elevada no es una garantía de progreso y que el vínculo entre prosperidad económica y desarrollo humano no es automático (PNUD, 1999). Una circunstancia en la que se inscribe el hecho de que en los países considerados "desarrollados" malviven más de 100 millones de personas bajo el umbral de la pobreza monetaria, 37 millones de desempleados de larga duración, 200 millones con una esperanza de vida inferior a los 60 años y con un creciente analfabetismo funcional. En el territorio de la Europa Comunitaria, donde se define como "pobre" a quien recibe unos ingresos inferiores a la mitad de la renta per cápita del área geográfica de referencia, persisten en situación de pobreza y exclusión social más de 57 millones de personas, subrayando el escándalo que supone mantener esta realidad en una "sociedad más rica que nunca", según se concluía en el Informe final de la Conferencia organizada en Helsinki, en noviembre de 1999, por la Red Europea de Asociaciones de Lucha Contra la Pobreza y la Exclusión Social (EAPN). En la España que inicia el siglo XXI, más del 20 por ciento de sus habitantes —alrededor de 8 millones de personas— se sitúa por debajo del umbral o línea de la pobreza.

Las condiciones miserables que definen la pobreza y, por tanto, el contrapunto que representa el aumento de la prosperidad, no pueden leerse sin una visión crítica de las coordenadas socioeconómicas, éticas y culturales en las que se inscribe el desarrollo "sin límites" y sus impactos medioambientales. Esto es, de estilos de vida que tienen geografías definidas (en ocasiones ejemplificadas en la dialéctica Norte-Sur), que acentúan la sobreexplotación y degradación de los recursos naturales, que se adentran en la economía monetaria y fluyen en la dirección de las demandas y no de las necesidades, que prolongan el colonialismo y las condiciones de dependencia o de deuda externa, que incentivan la guerra y sus consecuencias devastadoras, reforzando los anclajes que aprisionan a los países pobres y a sus comunidades en el interior de un "círculo vicioso" cada vez más marcado por las privaciones y la desesperanza. Es una situación que conduce a que cientos de millones de personas vivan en la pobreza absoluta, "casi todas viven en áreas rurales. Son analfabetas, gastan la mitad o más de sus recursos en comida y pertenecen a etnias, tribus o religiones que sufren discriminación. Son incapaces de remediar su situación, y muchas veces la sociedad en la que viven está contenta de tenerlos así. Millones de personas están atrapadas en el ciclo de pobreza que lleva a la degradación de los recursos y la perpetua, y hasta la empeora por las tasas elevadas de fertilidad en esas poblaciones rurales" (Nebel y Wrigth, 1999). Con todo, advierte Martínez Alier (1992), aunque pueda parecer que la pobreza es causa de degradación ambiental —especialmente cuando los pobres son tan numerosos que exceden la capacidad de sustentación del territorio— podrá acontecer que se deba más bien a la presión de la producción sobre el medio: "un territorio puede ser exportador neto de productos agrícolas y experimentar al mismo tiempo una degradación del suelo agrícola, que no puede atribuirse a una presión excesiva de la población sobre los recursos".

También es cierto que a resultas del éxodo rural y de la expansión de las áreas urbanas —en las que vivirá el 60 por ciento de la población mundial para el 2020—, sobre todo en los países en vías de desarrollo, no podrán enmascararse por más tiempo las presiones que sobre el medio ambiente ejerce la creciente división entre ricos y pobres, siendo los problemas de estos "pobres urbanos" similares a los de los "pobres rurales": falta de acceso al agua limpia, a la higiene, a una vivienda adecuada, al empleo, a los alimentos... mezclados con la sobrepoblación y la exposición a los residuos industriales y a la contaminación del aire urbano (Instituto de Recursos Mundiales, 1998). Son estas situaciones, más o menos emergentes a partir de los años setenta, las que permiten observar un cierto cambio en los "rostros de la pobreza" (y de la riqueza), asociado —entre otros fenómenos— a las sucesivas reconversiones económicas, las transformaciones del mercado de trabajo, sus efectos sobre la protección social y las modificaciones de las relaciones familiares. Sobre todo en los países occidentales e industrializados, sus dificultades para recuperar un ritmo de crecimiento sostenido y generador de empleo acabaron determinando que "los pobres" se sitúen entre las manifestaciones sociales y políticas más inquietantes, hasta el punto de recobrar una incomoda actualidad en las opulentas sociedades de consumo. En ellas, la pobreza no es un concepto abstracto: tiene rostros de hombres y de mujeres, de niños y ancianos, de "nativos" y "extranjeros"..., que hostigan con su cercanía a quienes hasta el momento los percibían lejos, complacidos en mostrar su asistencia "solidaria" con algunos gestos benévolos o en "fórmulas cívicas" mucho más acostumbradas a quedarse en las palabras que a proyectarse en los hechos. En realidad, dirá Galbraith (1997) una vez bendecidos por la riqueza, los afortunados se las han ingeniado para arrojar de sus pensamientos y de su conciencia a los pobres, sintiéndose cada vez más satisfechos de la situación económica que han alcanzado.

Frente a un pasado histórico, en el que con cierta frecuencia se consideraba a los pobres como víctimas naturales de su propia pereza, de su ignorancia, de sus actitudes y comportamientos negativos o de sus incapacidades para sobrevivir en un mundo cada vez más exigente, los testimonios del presente ya no pueden ocultar que estamos ante un problema de alcance estructural, cuyas causas se encuentran en la sociedad, "en el modo como la sociedad se encuentra organizada y funciona, en el estilo de vida y en la cultura dominantes, en la estructura del poder (político, económico, social y cultural), todos ellos factores que se traducen en mecanismos sociales que generan y perpetúan la pobreza y la exclusión" (Bruto da Costa, 1998). Eliminar

esos mecanismos, afrontar el desarrollo humano desde nuevas miradas, reconocerse inmersos en la necesidad de un cambio social que no consienta en observar la pobreza como una circunstancia aceptable de nuestra vida en sociedad, son principios inexcusables para diagnosticar sus problemas y buscar las soluciones ética y humana más justas.

En esta perspectiva, de rupturas y transformaciones que no consienten en observar la pobreza como el resultado de errores individuales, sino como el resultado de una muy desigual distribución de recursos y oportunidades (Frazer, 1993), el medio ambiente y la educación ocupan un lugar relevante. El primero, porque como recuerda Mayor Zaragoza (2000), retornando las palabras de Alan Durning, "la indigencia económica y la degradación ecológica se refuerzan recíprocamente para formar un maelström, una espiral descendente que amenaza con engullir cada vez más víctimas"; la segunda, porque sin una "educación para todos" es impensable avanzar en la integración y la cohesión social, en la paz y la dignidad, en los deberes y derechos, en el desarrollo consciente y perdurable, en la democracia y en sus modos de articular una sociedad más libre y participada. Aunque no puedan constituirse en las vías exclusivas (e, incluso, prioritarias) desde las que luchar contra el hambre y la pobreza, son trayectos imprescindibles para salir de una retórica política y económica cuyos discursos apenas se traducen en medidas concretas y verdaderamente eficaces.

La Educación Ambiental, exponente de una práctica pedagógica y social que se reivindica sensible a los problemas ambientales, que procura la formación de personas críticas y conscientes respecto de su lugar en el mundo, que trata de hacer compatibles los derechos humanos y los derechos ecológicos... representa en los inicios del tercer milenio una opción renovada, después de más de tres décadas de declaraciones e iniciativas. Cabe decir que manteniendo buena parte del acervo conceptual y axiológico que ha permitido considerarla como un proceso formativo, capaz de reaccionar a los cambios que se producen en un mundo en rápida evolución, mediante el que se posibilita que las personas, individual y colectivamente tomen conciencia de los problemas del medio ambiente, al tiempo que adquieren los conocimientos, valores, las destrezas, la experiencia y la determinación que los capacitará para actuar en su resolución, presente y/o futura; pero, además, en lo que entendemos como su apuesta más ineludible y urgente, como una educación a la que ya no basta con aspirar a "conservar la Naturaleza", a "concienciar a personas" o a "cambiar actitudes", sino a cambiar la sociedad, procurando más y mejores condiciones de perdurabilidad y equidad, de justicia y responsabilidad global; y que, por ello, ha de ser una práctica social crítica, estratégica y coherente con alternativas que renueven el pensamiento y la acción humana (Caride y Meira, 2001).

## 2. LA POBREZA, PROBLEMA "CRÓNICO" Y DESAFÍO MUNDIAL

La pobreza, más que una realidad con la que convivimos y a la que históricamente las sociedades han observado como una fatalidad inherente a la propia condición humana, admitiendo sin reparos que "siempre ha habido pobres" adquiere hoy las connotaciones de un "escándalo". Esta es la palabra en la que resume el diagnóstico de sus males el ex-Director General de la UNESCO Federico Mayor Zaragoza (2000) "en un mundo que produce más bienes de los que se necesitan para alimentar como es debido a todos sus habitantes", admitiendo que se trata de "un atentado a la dignidad humana y una forma de exclusión tanto más grave cuanto que puede ser fuente de guerras, conflictos y violencias". Todo induce a pensar que las manifestaciones en las que se expresa la pobreza no permiten valorarla de otro modo, cuando a pesar de los progresos que se han experimentado en las últimas décadas, con avances significativos en la tecnología y los "índices de bienestar social", una aplastante mayoría de pobres —miles de millones— apenas puede sobrevivir o, simplemente, aspirar a condiciones básicas de "calidad existencial". De ahí que ya no pueda obviarse y, menos aún, derivar hacia la inhibición política y social lo que ya se percibe como un problema mundial de enormes proporciones.

Así, frente a un pasado marcado por la escasa conciencia social que suscitaba el alcance de la pobreza en el mundo, las señales de alarma encendidas con la divulgación de los análisis reali-

zados por diferentes organismos internacionales —muchos de ellos adscritos al sistema de Naciones Unidas— hacen cada vez más urgente la necesidad de "abrir los ojos y tomar conciencia... para ver claro y enmendar el sistema" (Sampedro y Berzosa, 1995). Mostrando nuevas formas de fragmentación social, los vacíos y las asimetrías que se registran en el "desarrollo humano", ponen de relieve "no sólo el agravamiento de las situaciones de desigualdad y el aumento de las necesidades y carencias de una parte muy importante de la población del planeta, sino también los retrocesos sociales que están experimentándose en determinadas áreas geográficas" (Tezanos, 2001). De este modo, el eje riqueza-pobreza, junto a otros que ejemplifican estructuras sociales antagónicas y contrapuestas (explotador-explotado, dentro-fuera, nativos-foráneos, centro-periferia, inclusión-exclusión, etc.), prefiguran una sociedad dividida, en la que de no mediar cambios a corto plazo se acentuarán cada vez más las tendencias hacia la precariedad, la dualización y la exclusión social (Tezanos, 1999; 2001).

Por otra parte, coincidiendo con la existencia de paisajes continentales regionales, nacionales y locales en los que la pobreza acentúa los desatinos de una sociedad cada vez más fraccionada, se observa como la creciente incidencia de la pobreza no se circunscribe al incremento cuantitativo de personas o sectores pobres sino también a su condición. Tal y como analiza Filgueira (1999) en América Latina —en términos que podrían ser trasladables a otras realidades, no sólo en los países en vías de desarrollo sino a los que ya se consideran "avanzados"—, la vulnerabilidad social coligada a los cambios que se producen en las estructuras y dinámicas sociales (de naturaleza demográfica, política, laboral, tecnológica, etc.) determina la emergencia de una nueva pobreza, en la que ahora se incluyen "grupos sociales que habían logrado un cierto grado integración social, ocupacional y educativa. A pesar de la acumulación de capital humano, estos grupos cayeron por debajo de la línea de la pobreza. La existencia de nuevos contingentes de pobreza, unidos con los sectores más tradicionales de pobres "crónicos" y "estructurales", testimonia la heterogeneidad sociocultural de la pobreza en América Latina".

Los datos aportados en los "Informes sobre el Desarrollo Humano", que desde los primeros años de la década de los noventa promueve la Organización de Naciones Unidas a través de su Programa para el Desarrollo (PNUD), desvelan la firmeza de estos trazados en múltiples escenarios y geografías, en lo local y lo global, consignándose como el crecimiento del Producto Interior Bruto mundial, la expansión del comercio en la economía transnacional y los enormes progresos del siglo veinte "no pueden ocultar que el mundo actual hace frente a un retraso enorme de privación y desigualdad que deja disparidades inmensas dentro de los países y las regiones" (ONU, 1999). Se confirma, con ello, que la pobreza se halla en todas partes, aunque sus penurias no se repartan de modo equitativo entre las distintas zonas que componen el sistema mundial (Torres, 1995). Tampoco, obviamente, se distribuyen del mismo modo las necesidades y los satisfactores que han de habilitarse para afrontar las principales carencias sociales básicas que presentamos en el cuadro adjunto (nº 1), elaborado por Tezanos (2000), tomando como referencia los últimos Informes del PNUD. La lectura de sus magnitudes ayuda a descifrar una realidad incuestionable, bien resumida en las palabras de Tortosa (1999): "amplias capas de la población mundial ven insatisfechas sus necesidades básicas (es decir, son pobres) frente a pequeños grupos que se permiten la economía del derroche, en una estructura caracterizada por la desigualdad, que margina a los pobres y les priva el acceso a los bienes de la Tierra". Ante esta situación, la globalización más que presentarnos sus opciones para cambiar el mundo hacia condiciones de un "bienestar" compartido, exhibe sus perversidades, acaso porque como expresó Mayor Zaragoza en el discurso que pronunció con motivo del encuentro de la Unión Interparlamentaria Mundial de Namibia (abril de 1998), es una globalización que proviene de "una política impuesta y desprovista de los valores indispensables de libertad, justicia, igualdad y solidaridad; es una trampa para impulsar un modelo de economía de mercado salvaje que sólo beneficia a las naciones y a los individuos económicamente poderosos, pero que olvida y desampara a los más débiles y pobres... instalados en la ley del más fuerte, militar, económica y comercialmente, una ley que nos lleva a la separación progresiva de los ciudadanos, entre los desposeídos y los saciados" (véase: Rivero, 1999).

NECESIDADES	POBLACIÓN CARENCIAL
Agua potable	- 1.300 millones carecen de agua limpia
Vivienda	- 1.000 millones sin vivienda adecuada - 100 millones carecen de vivienda
Alimentación - nutrición	- 790 millones de personas pasan hambre e inseguridad alimentaria - 2.000 millones de personas anémicas, con insuficiencias alimentarias - 35.000 niños mueren diariamente por carencias alimentarias
Salud	- 880 millones sin acceso a servicios de salud
Saneamiento	- 2.600 millones sin saneamientos básicos
Energía	- 2.000 millones carecen de electricidad
Ingresos	- 1.200 millones viven con menos de un dólar diario - 1.000 millones no pueden satisfacer sus necesidades básicas de consumo
Conocimientos	- más de 850 millones de adultos analfabetos - 27% de los niños en edad escolar no tienen escuela - 260 millones de niños no reciben educación primaria
Tierra	- 500 millones viven en tierras marginales - 145 millones viven fuera de sus países
Empleo	- 900 millones de subempleados - 150 millones de parados 250 millones de niños trabajando

Fuente: TEZANOS, J. F. (2001: 34), elaborado por el autor a partir de las siguientes referencias documentales: ONU: Informe sobre Desarrollo Humano 1998; ONU: Informe sobre Desarrollo Humano 1999; ONU: Informe sobre Desarrollo Humano 2000; OIT: Informes sobre el trabajo en el Mundo (varios años).

Cuadro n° 1: Principales carencias sociales básicas

El Banco Mundial, un organismo al que habitualmente suponemos más próximo a los poderosos que a los débiles, con un mensaje que suscribe su Presidente James D. Wolfensohn en el prefacio que abre su último Informe sobre el Desarrollo Mundial 2000/2001, admite que "la pobreza en medio de la abundancia es el mayor desafío mundial" (Banco Mundial, 2000). Para ello se acepta, que más allá de los convencionales conceptos de pobreza (en cuanto realidad que significa un bajo nivel no sólo de ingresos y de consumo sino también de instrucción, salud y nutrición, y de otras áreas de desarrollo humano), es preciso tomar de la "voz de los pobres" su percepción sobre la situación de pobreza que les afecta, en la que incluyen aspectos como la impotencia y la falta de representación, la vulnerabilidad y el miedo: carecen de viviendas y alimentos; son sumamente vulnerables a las enfermedades, a los reveses económicos y a los desastres naturales; son tratados de forma vejatoria por las instituciones del Estado y la sociedad; carecen de poder para influir en las decisiones; sufren las carencias de la educación y de otros servicios sociales... Entre otros, desde Letonia, en la voz de una mujer pobre, el testimonio extraído de más de 60.000 hombres y mujeres que viven en la pobreza en 60 países del mundo, es desesperadamente elocuente de lo que significa ser pobre y vivir en la pobreza: "la pobreza es humillación, es tener la sensación de depender de ellos, y de verse obligada a aceptar las malas maneras, los insultos y la indiferencia cuando buscamos ayuda". Ser pobre, dicen los mismos pobres, "es tener hambre, no tener casa ni vestido, estar enfermo y no recibir atención, ser analfabeto y no ir a la escuela..." (Banco Mundial, 2000).

Podemos decir más: ser pobre es no tener conciencia de serlo, de ahogarse en la propia incapacidad para tomar conciencia, para organizarse o para reivindicar sus derechos (Caride, 1998 y 2000). Realidades que trasvasan los pobres a un mundo sombras, replegados al status de una ciudadanía menor, hurtada y degradada por los beneficiarios de las clases satisfechas (Galbraith, 1997), aunque como señala Isabel Baptista (2000) "la pobreza marca trágicamente la vida de un gran número de personas, afectándolas profundamente en su carne, en su alma, en su humanidad", por lo que hemos de partir "de la convicción de que ningún reloj de la pobreza será capaz

de medir esa experiencia personal incommunicable, vivida como dolor, como hambre, como abandono y como privación de derechos. Entre estos, el derecho al rostro... como seres únicos, con memorias, con sueños, y con una vida propia". De ahí que, frente a las limitaciones que suelen anidar en las concepciones más restrictas de la pobreza y sus manifestaciones sociales, optemos por reafirmarnos en su consideración como un fenómeno que está directamente relacionado con la vulnerabilidad de un amplio conjunto de derechos inherentes a las personas o a los colectivos sociales, y no sólo de aquellos que afectan únicamente a las dimensiones económicas y monetarias.

### 3. RIQUEZA, POBREZA Y DETERIORO AMBIENTAL EN EL ESCENARIO DE LA GLOBALIZACIÓN

Las condiciones ambientales, en cualquiera de las acepciones que el "medio" o el "ambiente" adopte, desde las tratan de definirlo remitiéndose a "los factores físicos, biológicos en los que vive una persona, animal o cosa" hasta las más afines a su lectura "también en términos de una realidad construida histórica, social y culturalmente", nunca han sido indiferentes a la pobreza. Tampoco, acaso en mucha menor medida, a la riqueza y a sus múltiples perfiles. Esto es: todo desarrollo, de unos u otros, y toda involución o parálisis en la vida de los pueblos, es transversal al medio ambiente en que esas situaciones de pobreza o riqueza se producen, posiblemente respondiendo a una lógica que el Mahatma Gandhi resumía en una reflexión formulada a principios del siglo XX: "el Planeta ofrece cuanto el hombre necesita, pero no cuanto el hombre codicia". El análisis de Martínez Alier (1992), poniendo énfasis en las relaciones riqueza, pobreza y degradación ambiental es concluyente al respecto: de un lado, porque a pesar de que algunos ejemplos en los que "la pobreza puede ser la causa de la degradación ambiental, un crecimiento económico generalizado puede agravar, en vez de atenuar, la degradación ambiental, aunque la misma riqueza permita destinar más recursos a proteger el ambiente contra los efectos causados por ella misma"; de otro, porque "la idea de que el crecimiento económico es 'bueno' para el ambiente no puede ser aceptada, pues algunas formas de riqueza nunca podrán ser universalizadas a menos que el crecimiento económico se desligue del agotamiento de recursos y de la contaminación".

Sirva la ejemplificación a la que recurren Sánchez y Elizalde (1995), para dar cuenta de la ironía con la que estas relaciones riqueza-pobreza-degradación ambiental pueden manifestarse cuando se trata de "comprobar que la pobreza actúa con frecuencia como causante del deterioro ambiental, tanto en el medio rural como en el urbano". Para ellos es fácil constatar como en Chile, su país, "las mejores tierras han sido ocupadas tradicionalmente por aquellos que poseen los medios y la tecnología para su explotación rechazando a los más pobres que terminan por ocupar tierras de segunda categoría en las laderas de los cerros". Aunque en otras coordenadas, la degradación de los recursos naturales en la Amazonia brasileña responde a un proceso de apropiación-expulsión impulsado por los poderosos a costa de los más débiles: es el caso de los pueblos indígenas que son desplazados a causa de la deforestación provocada por la agricultura comercial o la expansión del sector minero. Desplazamiento físico y psicológico que suma a poblaciones enteras en un desarraigo que añade nuevos signos de dramatismo a su pobreza, especialmente en unas gentes para las que, como al conjunto de los indígenas "el medio ambiente forma parte de la comunidad como ámbito étnico reconocido en la cosmovisión, atribuyendo sentido al ethos y a la identidad" (Gómez, 2000).

La visión equívoca consiste en derivar hacia los desheredados, hacia los "sin techo" o "sin tierra", el problema y no hacia quienes provocan la segregación, el éxodo y la marginación, dejando de ser pobres en un lugar para continuar siendo pobres en otro. Thorp (1998), en su recorrido por la historia económica de América Latina en el siglo XX, nos traslada el mismo problema señalando como, "en las zonas urbanas, los más pudientes adquieren el control del mejor suelo residencial y fuerzan al alza el precio de la vivienda. Los pobres tienen entonces que asentarse en terrenos marginales susceptibles de sufrir inundaciones y corrimientos de tierras, lo cual se

agrava por una deficiente provisión y mantenimiento de sistemas de drenaje. La escasez de servicios, sobre todo de agua potable, y la creciente contaminación pueden originar problemas sanitarios, reduciendo la productividad y el ingreso en un círculo vicioso conocido". Recordemos que entre las interacciones ambiente-pobreza mejor documentadas se encuentran las que establecen relaciones entre el medio ambiente y la salud de los pobres: la contaminación, del agua y del aire, por ejemplo, ocasiona diarrea e infecciones respiratorias, dos de las causas más frecuentes de mortalidad infantil en los países pobres.

No estamos, pues, tan sólo ante una pobreza que actúa como causante del deterioro ambiental sino también ante un deterioro del ambiente natural y construido que se convierte en causa de la pobreza: "los así llamados desastres naturales, no sólo afectan más a los pobres sino que aumentan su pobreza y arrastran a ella a muchos de los que no lo eran", concluyen Sánchez y Elizalde (1995). Una situación reconocida en el último Informe del Banco Mundial (2000), poniendo de relieve como los efectos de los desastres naturales en la pobreza revelan daños en niveles de vida actuales y futuros pueden ser significativos: "la pobreza y el retraso del desarrollo multiplican los efectos negativos de los desastres naturales. Los países en desarrollo son especialmente vulnerables, debido a su limitada capacidad de impedir y absorber esos efectos. La población de los países de ingreso bajo tiene cuatro veces más probabilidades que la de los países de ingreso alto de morir como consecuencia de un desastre natural".

También Pablo Bifani (1995), deteniendo la mirada en las relaciones pobreza-medio ambiente, señala cómo determinados estudios han intentado vincular la pobreza con áreas ambientalmente deterioradas, vulnerables o frágiles (el nordeste brasileño, Haití, algunas regiones andinas de la India, así como partes de África) especialmente cuando en sus contornos viven más de 500 millones de pobres; a lo que se añade el argumento de que su situación corre el riesgo de empeorar a medida que el crecimiento demográfico deriva hacia una explotación más intensiva de las tierras y de los recursos energéticos. En opinión de Bifani, es preciso entender que las relaciones ambiente-riqueza-pobreza adoptan diversas formas, según se aluda a zonas rurales o urbanas: en las primeras, el vínculo pobreza-ambiente se materializa a través de la sobreexplotación de los recursos marginales y la consecuente reducción de sus productividad; en cambio, en las ciudades, la pobreza es un notorio exponente de problemas típicos en los ambientes construidos por el hombre (condiciones sanitarias inadecuadas o inexistentes, dificultades de acceso a agua potable, descarga de residuos, contaminación, etc.).

Sin embargo, y aunque la relación pobreza-medio ambiente ha adquirido la connotación de un determinismo ambiental asociado al crecimiento poblacional y a la destrucción del sistema natural, la hipótesis de que la pobreza en sí misma causa deterioro ambiental no está empíricamente demostrada; al contrario: "muchos de los problemas ambientales más serios que enfrenta la sociedad contemporánea derivan más bien de la riqueza como son los asociados a la destrucción de la capa de ozono, el cambio climático, las lluvias ácidas, etc." (Bifani, 1995). De hecho, cuando bastantes de los grandes problemas que afronta la humanidad ya no son de orden técnico o científico, sino de orden moral, ya que perecen depender más de las justas relaciones de las naciones entre sí o de las relaciones entre el Hombre y la Naturaleza, todo indica que un desarrollo meramente económico aumenta la pobreza en vez de reducirla. Por ello, si ante los embates del globalismo económico no se procura un desarrollo integral que además de sustentable sea más justo y equitativo, el aprovechamiento de los recursos ambientales seguirá favoreciendo a unos pocos que ya tienen mucho, en detrimento de los muchos que tienen muy poco. Además, tal y como se hace constar en uno de sus Informes el Instituto de Recursos Mundiales (1998); "es preciso reconocer que cuando los grupos sociales más desfavorecidos se ven involucrados en actividades de degradación ambiental es porque no se les ha dejado otra alternativa"; a lo que añade: "el crecimiento económico acelerado también produce sus propias modalidades de crisis medioambientales, dislocación y alineación social, y la intensificación de las desigualdades sociales y económicas para cuya solución el mercado no ha mostrado ninguna capacidad" (Instituto de Recursos Mundiales, 1998). Por lo demás, y aunque la situación de pobreza pueda llevar a que los pobres realicen agresiones sobre el medio ambiente (sobreutilización del suelo, de los recursos vegetales, de los recursos hídricos, etc.), destruyendo las bases de su sustento

a corto medio y largo plazo, también es cierto que las minorías ricas provocan demandas que en última instancia son insostenibles, transfiriendo los costes nuevamente a los pobres.

Aparentemente, son más complacientes los argumentos de Nebel y Wright (1999) cuando tratan de deslindar los efectos positivos y negativos en el entorno debidos al aumento de la prosperidad promedio, reconociendo como el aspecto más importante de la riqueza es que brinda opciones y oportunidades, por lo que no se trataría de "deplorar o sentirse culpables por la prosperidad, sino reconocer que ésta podría dirigirse a propósitos más constructivos". Ello no obsta para que admitan los deterioros provocados en países como Estados Unidos por la quema de ingentes combustibles fósiles (carbón, petróleo, gas natural), la vasta proporción de emisiones de dióxido de carbono, las permitidas emisiones de clorofluorocarbonos (CFCs), la inflación de agentes químicos que causan las lluvias ácidas o la abundancia de desechos nucleares. Y que suscriban que "una manera de generalizar el efecto de la riqueza es decir que faculta a los seres humanos a limpiar su entorno inmediato llevando los desechos a: lugares más distantes. También les permite obtener recursos de sitios apartados, de modo que no ven ni sufren el impacto de extraerlos. Así, en muchos sentidos, los ricos se aíslan y pasan por alto las tensiones ambientales que causan con su estilo de vida consumista. Peor como el mundo no es plano, los lugares más remotos' acaban por dar la vuelta, y descubrimos que el impacto es mundial" (Nebel y Wright, 1999)

Con este trasfondo, la principal amenaza que introduce el escenario de la globalización en la evolución de las crisis ambientales es la generalización de un modelo de desarrollo con objetivos, no siempre explícitos, limitados al individualismo, el universo cerrado del consumo, la invasión del productivismo y el poder de la economía de mercado para generar riqueza y, en algunas sociedades, de bienestar. Para ello, se dice, el crecimiento ha de ser sostenido en los países "subdesarrollados" para derivar, una vez satisfechas las necesidades "básicas", recursos para la conservación del medio ambiente. En esta lógica económica, como hemos visto, se identifica a la pobreza con la degradación ambiental y a la riqueza con la preservación del medio: son los países más desarrollados los que más invierten en gestión y, mejora del entorno y son los pobres los que menos pueden hacerlo. En lo que no se detiene esta visión, esencialmente economicista, es el desequilibrio que existe entre ambos mundos cuando se trata de evaluar sus respectivos impactos ambientales.

#### 4. LA LUCHA CONTRA LA POBREZA O LA BÚSQUEDA DE "OTRA" GLOBALIZACIÓN: EL PAPEL DE LA EDUCACIÓN AMBIENTAL

Frente a la imposición de un capitalismo neoliberal que forja e intensifica las desigualdades al compás de la globalización, creemos que se impone la necesidad de generar propuestas económicas y sociales mediante las que se induzcan cambios que permitan "revertir el curso de la Historia" y "encarar la crisis de civilización", haciéndonos eco del mensaje que suscriben los participantes en el Foro Mundial de Alternativas cuando reivindican el impulso de iniciativas humanistas en pro de la vida de los pueblos y la democracia liberadora, a favor la liberación de la opresión y la explotación, de la igualdad de oportunidades, la justicia social, la paz, la espiritualidad, la fraternidad... Tareas que pueden resumirse en la búsqueda de "otra" globalización (Santos, 2000), superadora del pensamiento único, de la tiranía de la información, de la concentración del capital y del poder del dinero, de la competitividad y del mercado de "valores" -en su doble y contradictorio significado ético y bursátil-, del relativismo y de la violencia estructural. Una globalización "alternativa" que, a juicio del profesor Milton Santos, aporte una nueva conciencia de ser mundo, puesta la esperanza en la construcción de un nuevo universalismo, bueno para todos los pueblos y personas. Todo ello, de tal modo que la exclusión y la pobreza, que "aparecen como si fuesen algo fijo, inmutable, indeclinable, cuando, como cualquier otro orden, pueden ser sustituidas por un orden más humano" (Santos, 2000), Próximo a estos planteamientos, Mayor Zaragoza (2000), reclama la "hipótesis necesaria de un nuevo contrato mundial, para humanizar la tercera revolución industrial y la mundialización que la acompaña": un contrato de contra-

tos (social, natural, cultural y ético) para el siglo XXI asentado en una alianza entre las naciones, entre los pueblos y entre los ciudadanos para prevenir la violencia y la guerra; para reconstruir la solidaridad mediante la erradicación de la pobreza y la reducción de las escandalosas disparidades existentes; para unir la ciencia y desarrollo a la preservación del medio ambiente; para alcanzar la meta de una educación para todos durante toda la vida; para devolver el sentido y la perspectiva a la aventura humana en aspectos tan sustanciales como la paz, el desarrollo inteligente, la solidaridad, el reparto equitativo, la profundización en la democracia.

Más allá de los discursos, luchar contra la pobreza exige recurrir a iniciativas y acciones suficientemente consistentes y estructuradas, no sólo para tratar de aprehenderla en su complejidad sino también para ofrecer respuestas que sean igualmente complejas y eficaces. Creemos que esto no podrá alcanzarse si no se asumen planes, programas y proyectos en los que el quehacer político, cívico e institucional (comenzando por los Estados y las Organizaciones Internacionales) se responsabilice y comprometa decididamente en su erradicación. En ellos, educación y ambiente han de ocupar un lugar prioritario: primero, porque a ambos se remiten derechos humanos y ecológicos que son básicos para la construcción de la sociedad y el respeto a la vida; segundo, porque también ambos son factores indispensables en el curso de cualquier proceso de inserción e integración social; tercero, porque en su interior subyacen algunas de las oportunidades más sólidas para acometer de un modo consciente, autónomo y libre las miserias a las que induce la pobreza, la exclusión y la marginación social. La Educación Ambiental concebida como una práctica social crítica respecto de estas situaciones ha de incrementar su presencia dentro y fuera de las escuelas, si tal y como se declarara en la redacción de la Agenda 21 se pretende "capacitar a los pobres para el logro de una subsistencia sostenible".

Es precisamente en el capítulo 3 de dicha Agenda, aprobada en Río de Janeiro con motivo de la celebración de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo en junio de 1992, donde advertimos una de las primeras declaraciones estratégicas para luchar contra la pobreza, tomando como soporte los discursos de un desarrollo sustentable. Con esta finalidad se explicitan bases para la acción, se proponen objetivos, se sugieren actividades (relacionadas con la gestión, la cooperación y coordinación internacionales y regionales, la participación de las comunidades, la elaboración de bases de datos e información, la evaluación) y se determinan medios de ejecución (financiación y evaluación de los costes, aumento de la capacidad). Considerando que "el objetivo a largo plazo de que todos tengan medios de subsistencia sostenibles debe ser un factor de integración gracias al cual las políticas aborden simultáneamente cuestiones de desarrollo, de gestión sostenible los recursos y de eliminación de la pobreza", los fundamentos para guiar la acción toman como referencia los siguientes aspectos:

- Diversificar las soluciones al problema mediante programas de lucha contra la pobreza adecuados a cada país, con actividades nacionales que apoyen las internacionales y con un proceso paralelo por el que se cree un medio internacional favorable a esos esfuerzos; en todo caso, dado que se trata de un problema complejo y multidimensional, apelando a una responsabilidad compartida por todos países.
- Hacer frente simultáneamente a los problemas de la pobreza, el desarrollo y el medio ambiente, para lo que se requiere la existencia de una estrategia concreta. Esta estrategia "debe comenzar por centrarse en la producción de recursos y en la población y abarcar cuestiones demográficas, el mejoramiento de los servicios de salud y de educación, los derechos de la mujer y la función de los jóvenes, de las poblaciones indígenas y de las comunidades locales, y comprender asimismo un proceso de participación democrático ligado al mejoramiento de la administración".
- Complementar el apoyo internacional con la adopción de medidas que promuevan "un crecimiento económico de los países en desarrollo que a la vez sea sostenido y sostenible, así como medidas directas para eliminar la pobreza mediante el fortalecimiento de los programas de empleo y de generación de ingresos".

Sin duda, son propuestas en las que combatir la pobreza supone poner el acento no sólo en quienes son pobres sino en las variables del contexto sociopolítico y económico en el que desarro-

llan su vida. Lo que, a su vez, exige determinar las causas de su pobreza, los factores que la perpetúan y las posibilidades de superarla; en cualquier caso, asumiendo con inequívoca y decidida voluntad política la necesidad de un cambio significativo en los modos de afrontar el problema, tanto en los escenarios locales como en los ámbitos de acción y decisión que corresponden a la comunidad internacional. Escuchar la palabra de quienes son pobres, ampliar el espectro de sus oportunidades, animar el desarrollo de sus potencialidades endógenas, reducir su vulnerabilidad, acrecentar su protagonismo individual y colectivo, etc., son requisitos imprescindibles para luchar contra la pobreza sin retrocesos, continuamente sometidos al riesgo de tener que "volver a empezar".

La educación, exponente de una práctica social en la que se integran un amplio conjunto de iniciativas, experiencias y vivencias que, por su propia naturaleza, deben contribuir al desarrollo integral de las personas y de las comunidades, dentro y fuera de los sistemas educativos, constituye un pilar fundamental en cualquier estrategia que pretenda luchar contra la pobreza, sobre todo a largo plazo, ya que como recuerda Mayor Zaragoza (2000), "en una aplastante mayoría, los pobres no tienen acceso a las informaciones y los saberes que podrían ayudarles a escapar de su condición". Una meta con la que también coinciden Galbraith (1996) cuando se refiere a la educación ("la fuerza más pacificadora, igual que la ignorancia es la mayor fuente de conflicto") como una de las vías más relevantes para rehuir de la pobreza. En una dimensión más institucional, la Cumbre Mundial para el Desarrollo Social (Copenhague, 1995), la Conferencia de Beijing sobre la Mujer, la del Cairo sobre Población o la de Río de Janeiro sobre Medio Ambiente y Desarrollo y, de modo más específico, tanto la Conferencia Mundial sobre Educación para Todos (Jomtien, 1990) como el Informe a la UNESCO redactado pro la Comisión para el Siglo XXI, presidida por Jacques Delors (1996), han insistido en que de la educación depende en gran medida el progreso de la humanidad. Con ello se admiten sus posibilidades para hacer frente a la pobreza y a la exclusión social, se favorece en cada individuo una mejor comprensión de la sociedad en la que le ha tocado vivir, se procura un mejor acceso al conocimiento y al desarrollo de las actitudes y competencias que son necesarias para convivir en armonía y se dan opciones a cada persona para que construya su propio destino en un mundo cada vez más complejo.

No obstante, el fracaso de muchas de las políticas educativas y de las experiencias pedagógicas que las han acompañado en la últimas décadas -a veces formuladas a modo de reformas educativas directamente incidentes en la búsqueda de la igualdad de oportunidades, a veces como meros programas de educación compensatoria o de garantía social- precisa de una educación mucho más reconocida y comprometida con las causas de los pobres: "una educación total, no discriminatoria (si no es con relación al establecimiento prioridades y necesidades específicas), integrada en los espacios y tiempos que son comunes a otros colectivos sociales, aunque sea por su propia naturaleza y finalidades una educación diferencial, en lo colectivo y lo individual, preferentemente centrada en el cambio de actitudes y en el favorecimiento de procesos de cambio y de transformación social" (Caride, 2000).

Considerando que el analfabetismo —absoluto y funcional— es una de las máximas expresiones de la vulnerabilidad educativa (Rivero, 1999), existiendo una estrecha coincidencia entre los mapas que ubican las poblaciones más pobres y los que corresponden a la población analfabeta y sin instrucción suficiente, su superación constituye una prioridad ineludible. Pero, por muy importante que pueda ser alcanzar el objetivo de un alfabetismo pleno, "si se espera que la educación ayude a los pobres a salir de la pobreza, primero habrá que sacar a la propia educación de la pobreza" (Rivero, 1999), fortaleciendo el compromiso estatal hacia la educación pública y la generación de estrategias múltiples, propiciando una redistribución más equitativa de los recursos y una inversión más eficiente. Esto es, una educación "rica" para el pobre, con la calidad y la disponibilidad de recursos (infraestructurales, humanos, pedagógicos, científicos, tecnológicos, etc.) que demanda las revoluciones que se están produciendo en el seno de la información, la comunicación y el conocimiento.

Más allá de estas consideraciones genéricas sobre el papel de la educación en la lucha contra la pobreza, mejorando la calidad de vida de los sectores más desposeídos, son muchas las iniciativas y proyectos educativos han otorgado un lugar preferente al tratamiento de la pobreza y al

papel de los pobres como sujetos del quehacer pedagógico. Aludimos a prácticas que se inscriben en los contenidos transversales de los centros escolares o en las experiencias educativas que se desarrollan al amparo de la pedagogía y la educación social: en la Educación de Adultos, en la Educación para los Derechos Humanos, en la Educación para el Desarrollo, en la Educación para el Consumo, en la Educación Cívica, en la Educación para la Salud, en la Educación Popular, etc.

También en el pasado de la Educación Ambiental y en lo que hoy estimamos que deben ser sus prioridades de futuro, los pobres y la pobreza ocupan y deberán ocupar un lugar destacado. Una Educación Ambiental que no podrá obviar los rostros de las viejas y nuevas condiciones de la pobreza y, en especial, de quienes son más pobres (niños, ancianos, mujeres maltratadas, desempleados inmigrantes, refugiados, indigentes, enfermos, etc.): son ellos —o deberían serlo— los verdaderos actores o agentes de los procesos educativos y de las alternativas que han de procurarse para el logro de un desarrollo humano sustentable, justo y equitativo. No hacerlo, además de afectar a la congruencia ética, pedagógica y ambiental exigible en cualquier práctica educativa, constituirá una violación inaceptable del derecho a protagonizar su propia educación y, a través de ella, su vida cotidiana y la construcción de un porvenir más alentador.

En opinión de Sánchez y Elizalde (1995), "incluir en la educación básica y media contenidos que apunten a la promoción y defensa del medio ambiente es fundamental para que la población tome conciencia y adopte cambios conductuales tendentes a mejorar su hábitat", ya que "muchos de los comportamientos que dañan las condiciones de vida de los pobres se producen por el desconocimiento de los efectos que acarrea lo que se hace. De ahí —prosiguen— la importancia que significa el incluir en los diseños curriculares, materiales y asignaturas que proporcionen los contenidos educativos que hagan que la misma población pueda emprender acciones en defensa del medio ambiente". En este sentido, nos dicen, la Educación Ambiental, como una "asignatura fundamental en la educación formal", permitirá "mejorar las condiciones de vida de los más pobres" al poseer un mayor conocimiento de los impactos que tienen determinadas acciones y conductas en el ambiente, "para que así las personas las incorporen o las eliminen de sus prácticas sociales cotidianas". Pero, por mucho de lo que hemos dicho, esto puede que sea infinitamente más trascendental en relación con quienes disfrutan o disfrutamos de la riqueza, con estilos de vida y de consumo bastante más impactantes que los provocados por personas que apenas consiguen sobrevivir en medio de la pobreza. Por eso, "otras educaciones" que nacen y se expanden en la vida cotidiana (en los medios de comunicación social, en el ocio y el tiempo libre, en las familias, en las empresas, en los movimientos asociativos, etc.) son tanto o más importantes para conseguir que la Educación Ambiental fragüe su identidad como una práctica social y ambiental transformadora.

No debemos concluir sin expresar, con cierta rotundidad, que ha de ser una Educación Ambiental que se muestre insatisfecha con los logros que ha alcanzado hasta el presente, tras varias décadas de declaraciones y actuaciones que han usado y abusado de sus posibilidades estratégicas para situar el desarrollo humano en las coordenadas de la sustentabilidad, sin clarificar suficientemente el qué y el para qué de lo que se pretende sostener. Muchas veces, a costa de ignorar o soslayar que previo a este sustento puede que sean precisos varios "derribos", principalmente de todos aquellos sucesos que perpetúan la indecencia del hambre y la pobreza en un mundo dotado de suficientes recursos para combatirlas: la deuda externa, las guerras, los fundamentalismos, la opresión, el desempleo, las drogodependencias, las dictaduras, la esclavitud, etc.

Puede que para conseguirlo la Educación Ambiental necesite restablecer su identidad como una práctica que, además de pedagógica y al ambiental, también es política y social. Al hacerlo, aunque ahora nos situemos más cerca de la semántica que de la pragmática, pretendemos poner de relieve que las estrategias para la acción también se construyen con palabras y, mucho más aún, con el pensamiento al que, con mayor o menor fortuna, tratan de dar forma.

## BIBLIOGRAFÍA

- BANCO MUNDIAL (2000). Informe sobre el Desarrollo Mundial 2000/2001: lucha contra la pobreza. Madrid: Ediciones Mundi-Prensa.
- BAPTISTA, I. (2000). "O fenómeno da pobreza". En Varios: A pobreza e a marginalização social do séc. XV aos nossos dias. Oporto: Universidade Portucalense, pp. 87-91.
- BIFANI, P. (1995). "Medio Ambiente y relaciones Norte-Sur". En Ortega, P. y López, F. (Coords.). Educación Ambiental: cuestiones y propuestas. Murcia: CajaMurcia, pp. 93-120.
- BRUTO DA COSTA, A. (1998). Exclúoes Sociais. Lisboa: Gradiva Publicações.
- CARIDE, J. A. (1998). "Educación Social, ciudadanía y pobreza: o la construcción de una sociedad activa, no discriminatoria". En GARCÍA, J. y SÁNCHEZ, A. (Coords.). Políticas Sociales y Educación Social (Actas del XIII Seminario de Pedagogía Social). Granada: Grupo Editorial Universitario, pp. 133-144.
- CARIDE, J. A. (2000). "Políticas Sociales, Educación Social y Programas Educativos ante la situación de pobreza". En Varios: A pobreza e a marginalização social do séc. XV aos nossos dias. Oporto: Universidade Portucalense, pp. 31-63;
- DELORS, J. (1996). La educación encierra un tesoro: informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI. Madrid: Santillana -UNESCO.
- FILGUEIRA, C. H. (1999). "Bienestar y ciudadanía. Viejas y nuevas vulnerabilidades". En TOKMAN, V. E. y O'DONELL, G. (Comps.). Pobreza y desigualdad en América Latina: temas y nuevos desafíos. Buenos Aires: Paidós, pp. 147-169.
- GALBRAITH, J. K. (1996). "La revolución civilizada". El País Semanal, n° 1023, de mayo, p. 193.
- GALBRAITH, J. K. (1997). La cultura de la satisfacción: los impuestos, ¿para qué? ¿quiénes son los beneficiarios? Barcelona: Ariel (7ª ed.).
- GÓMEZ, M. (2000). "Saber indígena y medio ambiente: experiencias de aprendizaje comunitario". En LEFF, E. (coord.). La complejidad ambiental. México: Siglo XXI-UNAM-PNUMA, pp. 253-291.
- Instituto de Recursos Mundiales (1998). Recursos mundiales. La guía global de medio ambiente: el Medio Ambiente Urbano. Madrid: Ministerio de Medio Ambiente.
- KAPUSCINSKI, R. (1998). "La cultura de la pobreza en el mundo". Claves Razón Práctica, n° 80, pp. 2-5.
- MARTINEZ ALIER, J. (1992). "Ecología y Pobreza: una crítica al Informe Brudtland". En SENILLO-SA, I. (Ed.): Pobreza, desarrollo y medio ambiente. Barcelona: Deriva Editorial, pp. 35-59.
- MAYOR ZARAGOZA, F. (2000). Un mundo nuevo. Barcelona: Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg-Ediciones UNESCO.
- NEBEL, B. J. y WRIGTH, R. T. (1999). Ciencias Ambientales: Ecología y Desarrollo sostenible. México: Prentice Hall (6ª ed.).
- PNUD (1999). Informe sobre el Desarrollo Humano 1999. Madrid: Ediciones Mundi-Prensa.
- RAVENTÓS, D. (1999). El derecho a la existencia. Barcelona: Ariel.
- RIVERO, J. (1999). Educación y exclusión en América Latina: reformas en tiempos de globalización. Madrid: Miño y Dávila Editores.
- SAMPEDRO, J. L. y BERZOSA, J. L. (1996). Conciencia del subdesarrollo veinticinco años después. Madrid: Taurus.



- SANCHEZ, V. y ELIZALDE, A. (1995). "Pobreza y medio ambiente: el caso de Chile" En HAJEK, E. R. (comp.). Pobreza y medio ambiente en América Latina. Buenos Aires: Konrad-Adenauer-Stiftung -CIEDLA, pp. 289-345.
- SANTOS, M. (2000). Por uma outra globalização: do pensamento único a conciencia universal. Rio de Janeiro: Record.
- TEZANOS, J. F. (Ed.) (1999). Tendencias en desigualdad y exclusión social: tercer foro tendencias sociales. Madrid: Editorial Sistema.
- TEZANOS, J. F. (2001). La sociedad dividida: estructuras de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas. Madrid: Biblioteca Nueva.
- THORP, R. (1998). Progreso, pobreza y exclusión: una historia económica en América Latina I en el siglo XX. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo Unión Europea.
- TORRES, J. (1995). Desigualdad y crisis económica: el reparto de la tarta. Madrid: Editorial Sistema.
- TORTOSA, J. M. (1999). "Pobreza y desigualdad social". En Tezanos, J. F. (Ed.). Tendencias en desigualdad y exclusión social: tercer foro sobre tendencias sociales. Madrid: Editorial Sistema, pp. 57-78.